

GAZUL.

(Continuación.)

ESCENA SEXTA.

Z.

Al fin pude llegar. Siniestra cumbre
Asilo por piedad en tus cavernas;
Tigre, tigre feroz, entre los hombres,
Quiero acabar mi vida entre tus fieras.
Nunca del sol la luz vivificante
De mis pupilas el encanto sea,
Negra noche circúndeme, hasta cuando
Me rodeen las sombras de la eterna.
En triste soledad pasar anhelo
Este resto infeliz de la existencia,
Distante de los hombres, del teatro
De mis hazañas de feroz pantera.
Mas no. . . Venid y hacedme compañía
De aquellos que inmolé, sombras
sangrientas;
Con palabras fatídicas mi oído
Venid á regalar, y con tremendas
Carcajadas estúpidas y danzas,
A mi encuentro salid. ¡Ay! talvez sea
Que así logre acallar la grito horrible,
Que sumbar asiento troz en la conciencia.

[Al decir estas palabras pone la mano al lado del corazón. Siente que tiene allí un crucifijo. Quiere sacarlo, vacila, se revuelve al fin, lo arranca y dice.
Y tú, del espantoso cataclismo
En que mi fe se hundió, la sola prenda

Que se pudo salvar, ¿si eres mi insulto,
Si mi sarcasmo sois para qué quedas?
Si esa fe que se hundió, aún el alma
En medio de sus crímenes tuviera,
Con lágrimas los ojos, de rodillas
Implorara el perdón de tu clemencia;
Pero, yo te negué cuando á mi vista
Se presentó un fantasma de grandeza:
¿Cómo el perdón me atreveré á pedirte?
Como si el alma á ello se revela?
Ya no eres para mí, más que el objeto
Que mi tormento formará doquiera,
Ya no soy para tí, más que el culpable
Que no perdón, sino, venganza anhela.
Quédate aquí. Huyendo de tu vista
Y en mi frente llevando tu anatema,
Voy á partir, en luchas interiores
Para acabar la mísera existencia.
¿Huyendo de tu vista? Dónde? Cómo?
A qué bella región, á cuáles tierras?
¡ Revolvámonos pues ! Que ya principie
Mi cierto porvenir, la noche eterna:
Negro abismo recíbeme, Dios mío,
La hora llegó de tus venganzas. ¡ Ea. . . !

(Quiere arrojarle; pero al punto sale Marciano y le detiene.)

• ESCENA SETIMA.

ZULEMA Y MARCIANO.

Deteneos. M.

Soltadme. Z.

No. M.

Decidme, Z.

Quién me veda morir ? M.

La providencia.

De aquí distante, misterioso impulso

Me ha obligado á venir.

Z.
Quien quier que seas,

Si es el designio de tu pecho hacerme
Por compasión favor, la hora aprovecha,
Y has el más grande que en tu vida puedes
Dándome libertad para que muera.

M.

Ya os lo dije otra vez, es imposible.

Z.

Soltad al punto, ó á la cima horrenda
Rodaremos los dos.

M.

Ah ! desdichado

Es un tamaño error eso que piensas.
¿Crees, acaso, porque ves anciana,
De albo color pintada la cabeza,
Que no será mi brazo suficiente
Para burlar tu pretención? ¿Su fuerza
No añadirá á la mía, del eterno
La poderosa gracia ? Cesa, cesa
En tu designio criminal, y dime
Por qué quieres morir Que al menos sepa
La menor de sus causas.

Z.

Bien. Mas antes

Jurando aquí, (*toma el crucifijo*) haréisme la promesa
De dejarme caer, y que mi historia
Sólo vos la sabréis. Jurad.

M.

Empieza.

Z.

Nací en hora infeliz, mi hogar cristiano
Joven abandoné, y de la Persia
A la bella región, vine buscando
Como calmar mis sueños de grandeza.
La Europa cristiana en ese tiempo
Valiente se lanzó, para la guerra
Que anhelaba librar los sacrosantos
Lugares, de la impía soldadezca
Que ultrajaba, sacrífega, los sitios
En que su sangre el hombre-Dios vertiera.
Siento plaza en sus filas; cien jornadas
La victoria nos dan, ya la postrera
Nos la daba también; pero, la suerte
Quizo sumirnos en profunda pena.
Los infieles triunfan; yo el primero
De sus sangrientas garras soy la presa,

Me llevan al Sultán, éste, muy pronto,
Me cobra amor y simpatía tierna,
Y á los primeros puestos del Estado
Sobre sus hombres elevarme intenta;
Mas, de mi religión el culto extraño,
Opuso á su designio una barrera.
¿Qué hacer entonces? ¿Qué? Mi fe abjurando,
Culto tributé á Alá y á su Profeta,
Apostatando así ¿qué me importaba
Marchar del crimeu por la infame senda?
Fuf el brazo del Sultán. A sus rencores
Mil víctimas mi mano hizo sangrienta,
Y de la eternidad, abrió ella misma
A mil cristianos la anhelada puerta.
Mas ¡ay! entre mis crímenes cuento uno
Que fiel á la memoria me atormenta:
Sepultado del pecho en lo más hondo
Que crimen tan atroz nadie lo sepa.
De mi vida infeliz, esta es la historia;
Mi palabra cumplí, cumplid la vuestra.

M. (*deteniéndole*)

¿ Y es tan solo el dolor de haber dejado
De vuestro hogar la fe, lo que hoy os fuerza
Para que de este abismo en lo profundo
Poner fin intenteis á la existencia ?
¿ O es el recuerdo amargo del delito,
Que ni un instante de roeros cesa ?
¿ O es que pensais, tal vez, que el Dios Eterno
A su seno tornar ya no os consienta ?

Z.

No es el horror del crimen. Con el llanto
Sicatrizar podría la conciencia;
Y en el mar de las lágrimas, las iras
Del indignado Dios, ahogar pudiera.
Y las ahogara, sí, ¿ Mas cómo, cómo,
Ni siquiera pensar que tal suceda.
Cuando ha dicho Jesus, que ante su Padre
Ha de negar al hombre que le niega ?
¿ Y acaso yo no le negué? ¿ Y acaso
Pasarán sus palabras? Deja, deja,
Que cediendo al horror de mi destino,
Se extienda sobre mí la noche eterna.

M.

Te engañas infeliz ! Torpes sofismas
Se forja tu razón calenturienta.

Z.

¡ Humillarse hasta el polvo, arrepentido,
Implorar el perdón de las ofensas,
Y mientras tanto convencida el alma
De que jamás ha de obtener clemencia. . . .
¡ O tormento ! ¡ O dolor !. . .

M.

¿ Por que procuras
Engañarte infeliz, y así te empeñas ?
Sacerdote de Dios, hablo en su nombre,
Su perdón os dará, aun no os detesta.

Z.

¿ No me detesta aun ? Sellada el labio,
A tal sarcasmo el pecho se revela.

M.

Cuando rotos los lazos terrenales
Ante el trono de Dios la alma se muestra,
Entonces sí, entonces sí, que solo
Su implacable justicia la rodea.
Pero, en el mundo no: su bondadoso
Brazo se extiende sin cesar do quiera,
Y uno á uno, los náufragos recoge,
Que vagan á merced de la tormenta.
Las nuves de la duda se disipan
Ante su soplo bienhechor, la estrella
Luce en los cielos fúlgida, y su vista
Del mar del corazón la ira serena.

Z.

" La estrella luce fúlgida, y su vista
Del mar del corazón la ira serena ?
Y él, en el fondo de mi pecho ha puesto
La decepción mortal, y él mismo entrega,
Los más bellos momentos de mi vida,
Al irritado mar de la conciencia.
Quiero apagar sus voces, de la orgía,
Hundiendo la razón en brutal fiesta;
Vengo á la soledad, parto al bullicio,
Al hondo valle voy, subo la sierra
Maldigo de mi ser, recurro al sueño,
Y hasta levanto al cielo la blasfemia;
En vano, todo en vano, por que siempre
La sombra de mis crímenes me aterra.
Me ha maldecido Dios; y así ¿ decísme
Que no me olvida aun, ni me detesta ?

M.

Y os lo vuelvo á decir. Si en todas partes,
Parece que os persigue y atormenta,
Cuando no hallais consuelo, ni en el sueño,
Ni en la orgía brutal ni en la blasfemia;
No es su eterna justicia, que irritada,
Daros castigo anticipado intenta,
De padre cariñoso es cariñosa
Solicitud, que al ver en su tristeza
Este ser de su ser que le abandona,
Obliga á todo lo que él no sea,
Le deseche de sí, para que el hijo
Al seno que dejó llorando vuelva.

Z.

Ay! ¿y como podré tantos horrores,
Como hice,, remediar? ¿Cómo, si atenta
La memoria. . . .

M. (interrumpiéndoles)

Silencio: siento pasos
Venid, y aquí conmigo en esta cueva
Repasaremos el extenso libro,
Que has escrito con sangre en la conciencia.
(Cae el telón.)